

HORACIO QUIROGA – Las Medias de los Flamencos; La Tortuga Gigante; Historia de dos Cachorros de Coatí y de dos Cachorros de Hombre

Willian Henrique Cândido Moura

Número 01, maio de 2018

URL: www.revista-acacia.com.br/2018/01/horacio-quiroga

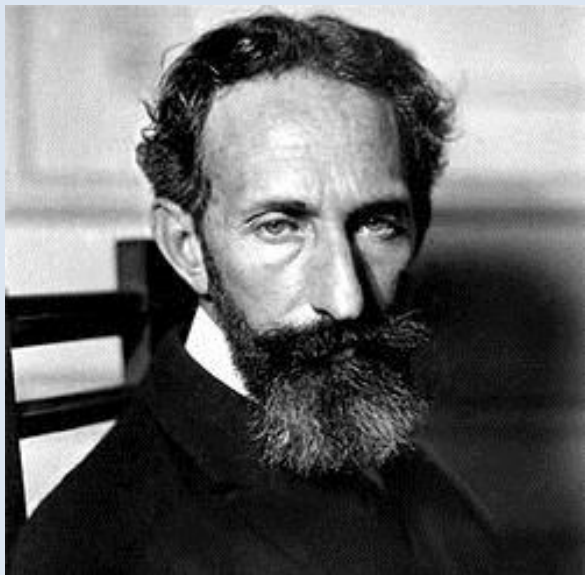
www.revista-acacia.com.br

ACÁCIA



Como citar esta tradução

QUIROGA, Horacio. Las Medias de los Flamencos; La Tortuga Gigante; Historia de dos Cachorros de Coatí y de dos Cachorros de Hombre. Tradução, prefácio e notas: Willian Henrique Cândido Moura. **Acácia - revista de tradução**, Florianópolis, v. 1, n. 1, p. 9-57, 2018. ISSN 2595-3915. Disponível em: <<http://www.revista-acacia.com.br/2018/01/horacio-quiroga>>.



Sobre o autor

Horacio Quiroga foi um escritor uruguaio radicado na Argentina. Nasceu em 1878 e faleceu em 1937, situando sua obra entre a declinação do modernismo e o começo das vanguardas. As tragédias marcaram a vida do escritor: seu pai morreu em um acidente de caça, seu padrasto e, posteriormente, sua primeira esposa, cometeram suicídio. Quiroga matou, acidentalmente, com um tiro, seu amigo Federico Ferrando. Foi diagnosticado com câncer no estômago, o que parece ter sido a causa que o levou ao suicídio, pondo fim aos seus dias ingerindo cianeto.

Sobre o texto

Os três contos traduzidos, “*Las medias de los flamencos*”, “*La tortuga gigante*” e “*Historia de dos cachorros de coatí y de dos cachorros de hombre*”, foram retirados do livro de contos “*Cuentos de la selva*”, o qual possui textos escritos para crianças, diferentemente da maioria das obras do autor. O local em que se passam as histórias é a selva de Misiones, Argentina, localizada no nordeste do país, local em que o autor viveu por grande parte de sua vida. A escolha da obra a ser traduzida, além de estar em domínio público, se deu devido ao fato de o tradutor ter vivido a maior parte da sua vida na região de fronteira com a selva missioneira.

Sobre o tradutor

Willian Henrique Cândido Moura é graduado em Letras: Português e Espanhol pela Universidade Federal da Fronteira Sul (UFFS), e mestrando do Programa de Pós-graduação em Estudos da Tradução da Universidade Federal de Santa Catarina (UFSC), em que se dedica à pesquisa em tradução audiovisual – legendagem e dublagem – de filmes espanhol/português. Trabalhou como professor de Língua Portuguesa, Língua Espanhola e Língua Inglesa, na rede pública e privada de ensino do Estado do Paraná. Tem experiência como tradutor *freelancer* e revisor de textos. E-mail: willianhenry_@hotmail.com.

LAS MEDIAS DE LOS FLAMENCOS

Cierta vez las víboras dieron un gran baile. Invitaron a las ranas y a los sapos, a los flamencos, y a los yacarés y a los peces. Los peces, como no caminan, no pudieron bailar; pero siendo el baile a la orilla del río los peces estaban asomados a la arena, y aplaudían con la cola.

Los yacarés, para adornarse bien, se habían puesto en el pescuezo un collar de plátanos, y fumaban cigarros paraguayos. Los sapos se habían pegado escamas de peces en todo el cuerpo, y caminaban meneándose, como si nadaran. Y cada vez que pasaban muy serios por la orilla del río, los peces les gritaban haciéndoles burla.

Las ranas se habían perfumado todo el cuerpo, y caminaban en dos pies. Además, cada una llevaba colgada, como un farolito, una luciérnaga que se balanceaba.

Pero las que estaban hermosísimas eran las víboras. Todas, sin excepción, estaban vestidas con traje de bailarina, del mismo color de cada víbora. Las víboras coloradas llevaban una pollerita de tul colorado; las verdes, una de tul verde; las amarillas, otra de tul amarillo; y las yararás, una pollerita de tul gris pintada con rayas de polvo de ladrillo y ceniza, porque así es el color de las yararás.

Y las más espléndidas de todas eran las víboras de coral, que estaban vestidas con larguísimas gasas rojas, blancas y negras, y bailaban como serpentinas. Cuando las víboras danzaban y daban vueltas apoyadas

en la punta de la cola, todos los invitados aplaudían como locos.

Sólo los flamencos, que entonces tenían las patas blancas, y tienen ahora como antes la nariz muy gruesa y torcida, sólo los flamencos estaban tristes, porque como tienen muy poca inteligencia no habían sabido cómo adornarse. Envidiaban el traje de todos, y sobre todo el de las víboras de coral. Cada vez que una víbora pasaba por delante de ellos, coqueteando y haciendo ondular las gasas de serpentina, los flamencos se morían de envidia.

Un flamenco dijo entonces:

-Yo sé lo que vamos a hacer. Vamos a ponernos medias coloradas, blancas y negras, y las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

Y levantando todos juntos el vuelo, cruzaron el río y fueron a golpear en un almacén del pueblo.

-¡Tan-tan! - pegaron con las patas.

-¿Quién es? -respondió el almacenero.

-Somos los flamencos. ¿Tienes medias coloradas, blancas y negras?

-No, no hay -contestó el almacenero-. ¿Están locos? En ninguna parte van a encontrar medias así.
Los flamencos fueron entonces a otro almacén.

-¡Tan-tan! ¿Tienes medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero contestó:

-¿Cómo dice? ¿Coloradas, blancas y negras? No hay medias así en ninguna parte. Ustedes están locos.
¿Quiénes son?

-Somos los flamencos -respondieron ellos.

Y el hombre dijo:

-Entonces son con seguridad flamencos locos.

Fueron a otro almacén.

-¡Tan-tan! ¿Tienes medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero gritó:

-¿De qué color? ¿Coloradas, blancas y negras? Solamente a pájaros narigudos como ustedes se les ocurre pedir medias así. ¡Váyanse enseguida!

Y el hombre los echó con la escoba.

Los flamencos recorrieron así todos los almacenes, y de todas partes los echaban por locos.

Entonces un tatú, que había ido a tomar agua al río, se quiso burlar de los flamencos y les dijo, haciéndoles un gran saludo:

-¡Buenas noches, señores flamencos! Yo sé lo que ustedes buscan. No van a encontrar medias así en ningún almacén. Tal vez haya en Buenos Aires, pero tendrán que pedir las por encomienda postal. Mi cuñada, la lechuza, tiene medias así. Pídanse las, y ella les va a dar las medias coloradas, blancas y negras.

Los flamencos le dieron las gracias, y se fueron volando a la cueva de la lechuza. Y le dijeron:

-¡Buenas noches, lechuza! Venimos a pedirte las medias coloradas, blancas y negras. Hoy es el gran baile de las víboras, y si nos ponemos esas medias, las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

-¡Con mucho gusto! -respondió la lechuza-. Esperen un segundo, y vuelvo enseguida.

Y echando a volar, dejó solos a los flamencos; y al rato volvió con las medias. Pero no eran medias, sino cueros de víboras de coral, lindísimos cueros. Recién sacados a las víboras que la lechuza había cazado.

-Aquí están las medias - les dijo la lechuza-. No se preocupen de nada, sino de una sola cosa: bailen toda la noche, bailen sin parar un momento, bailen de costado, de pico, de cabeza, como ustedes quieran; pero no paren un momento, porque en vez de bailar van entonces a llorar.

Pero los flamencos, como son tan tontos, no comprendían bien qué gran peligro había para ellos en eso, y locos de alegría se pusieron los cueros de las víboras de coral, como medias, metiendo las patas dentro

de los cueros, que eran como tubos. Y muy contentos se fueron volando al baile.

Cuando vieron a los flamencos con sus hermosísimas medias, todos les tuvieron envidia. Las víboras querían bailar con ellos, únicamente, y como los flamencos no dejaban un instante de mover las patas, las víboras no podían ver bien de qué estaban hechas aquellas preciosas medias.

Pero poco a poco, sin embargo, las víboras comenzaron a desconfiar. Cuando los flamencos pasaban bailando al lado de ellas se agachaban hasta el suelo para ver bien.

Las víboras de coral, sobre todo, estaban muy inquietas. No apartaban la vista de las medias, y se agachaban también tratando de tocar con la lengua las patas de los flamencos, porque la lengua de las víboras es como la mano de las personas. Pero los flamencos bailaban y bailaban sin cesar, aunque estaban cansadísimos y ya no podían más.

Las víboras de coral, que conocieron esto, pidieron enseguida a las ranas sus farolitos, que eran bichitos de luz, y esperaron todas juntas a que los flamencos se cayeran de cansados.

Efectivamente, un minuto después, un flamenco, que ya no podía más, tropezó con el cigarro de un yacaré, se tambaleó y cayó de costado. Enseguida las víboras de coral corrieron con sus farolitos, y alumbraron bien las patas del flamenco. Y vieron qué eran aquellas medias, y lanzaron un silbido que se oyó desde la otra orilla del Paraná.

-¡No son medias! -gritaron las víboras-. ¡Sabemos lo que es! ¡Nos han engañado! ¡Los flamencos han

matado a nuestras hermanas y se han puesto sus cueros como medias! ¡Las medias que tienen son de víboras de coral!

Al oír esto, los flamencos, llenos de miedo porque estaban descubiertos, quisieron volar; pero estaban tan cansados que no pudieron levantar una sola pata. Entonces las víboras de coral se lanzaron sobre ellos, y enroscándose en sus patas les deshicieron a mordiscos las medias. Les arrancaron las medias a pedazos, enfurecidas, y les mordían también las patas, para que murieran.

Los flamencos, locos de dolor, saltaban de un lado para otro, sin que las víboras de coral se desenroscaran de sus patas. Hasta que al fin, viendo que ya no quedaba un solo pedazo de media, las víboras los dejaron libres, cansadas y arreglándose las gasas de sus trajes de baile.

Además, las víboras de coral estaban seguras de que los flamencos iban a morir, porque la mitad, por lo menos, de las víboras de coral que los habían mordido eran venenosas.

Pero los flamencos no murieron. Corrieron a echarse al agua, sintiendo un grandísimo dolor. Gritaban de dolor, y sus patas, que eran blancas, estaban entonces coloradas por el veneno de las víboras. Pasaron días y días y siempre sentían terrible ardor en las patas, y las tenían siempre de color de sangre, porque estaban envenenadas.

Hace de esto muchísimo tiempo. Y ahora todavía están los flamencos casi todo el día con sus patas coloradas metidas en el agua, tratando de calmar el ardor que sienten en ellas.

A veces se apartan de la orilla, y dan unos pasos por tierra, para ver cómo se hallan. Pero los dolores del veneno vuelven enseguida, y corren a meterse en el agua. A veces el ardor que sienten es tan grande, que encogen una pata y quedan así horas enteras, porque no pueden estirla.

Ésta es la historia de los flamencos, que antes tenían las patas blancas y ahora las tienen coloradas. Todos los peces saben por qué es, y se burlan de ellos. Pero los flamencos, mientras se curan en el agua, no pierden ocasión de vengarse, comiéndose a cuanto pececito se acerca demasiado a burlarse de ellos.

AS MEIAS DOS FLAMINGOS

Certa vez, as cobras deram um grande baile. Convidaram as rãs e os sapos, os flamingos, os jacarés e os peixes. Os peixes, como não caminhavam, não puderam dançar; mas como o baile era na beira do rio, ficavam próximos à areia e aplaudiam com o rabo.

Os jacarés fumavam cigarros paraguaios e, para enfeitar-se bem, colocaram um colar de bananas em seus pescoços. Os sapos colaram escamas de peixes por todo o corpo e caminhavam se mexendo como se estivessem nadando. E cada vez que passavam muito sérios pela margem do rio, os peixes gritavam para eles fazendo chacota.

As rãs perfumaram todo o corpo e caminhavam em dois pés. Além disso, cada uma levava pendurado, como uma lanterna, um vaga-lume que se balançava.

Mas as que estavam mais lindas eram as cobras. Todas, sem exceção, estavam vestidas com trajes de bailarina, da mesma cor de cada cobra. As cobras vermelhas usavam uma saínia de tule vermelho; as verdes, uma de tule verde; as amarelas, outra de tule amarelo; e as jararacas, uma saínia de tule cinza pintada com riscas de pó de tijolo e cinzas, porque assim é a cor das jararacas.

E as mais esplêndidas de todas eram as cobras-coral, que estavam vestidas com um voal vermelho, branco e preto, e dançavam como serpentinas. Quando as cobras dançavam e davam voltas apoiadas na

ponta da cauda, todos os convidados aplaudiam enlouquecidos.

Somente os flamingos, que até então tinham as patas brancas, e agora têm, como antes, um nariz muito grande e retorcido, estavam tristes, porque como possuem muito pouca inteligência, não souberam como se arrumar. Invejavam os trajes de todos, especialmente, o das cobras-coral. Cada vez que uma cobra passava toda elegante diante deles, fazendo ondular os voals de serpentina, os flamingos morriam de inveja.

Um flamingo disse então:

- Já sei o que faremos. Vamos pôr meias vermelhas, brancas e pretas, e as cobras-coral se apaixonarão por nós.

E levantando voo, todos juntos, cruzaram o rio e foram bater em um armazém do povoado.

- Toc-toc! – Bateram com as patas.

- Quem é? Respondeu o dono do armazém.

- Somos os flamingos. Você tem meias vermelhas, brancas e pretas para vender?

- Não, não tenho – respondeu o dono do armazém -. Estão loucos? Em nenhuma parte vocês vão encontrar meias assim. Os flamingos foram então a outro armazém.

- Toc-toc! Tem meias vermelhas, brancas e pretas?

O dono do armazém respondeu:

- Como disse? Vermelhas, brancas e pretas? Não tem meias assim em nenhuma parte. Estão loucos.

Quem são vocês?

- Somos os flamingos – responderam eles.

E o homem disse:

- Então, certamente, são flamingos loucos.

Foram a outro armazém.

- Toc-toc! Tem meias vermelhas, brancas e pretas?

O dono do armazém gritou:

- De que cor? Vermelhas, brancas e pretas? Somente pássaros narigudos como vocês para pedirem meias assim. Vão embora daqui!

E o homem os expulsou com a vassoura.

Os flamingos percorreram assim todos os armazéns, e de todas as partes eram tidos como loucos.

Então um tatu, que tinha ido tomar água no rio, quis zombar dos flamingos e, cumprimentado-os,

disse:

- Boa noite, senhores flamingos! Eu sei o que vocês estão buscando. Não vão encontrar meias assim em nenhum armazém, talvez tenha em Buenos Aires, mas terão que pedir por encomenda. Minha cunhada, a coruja, tem meias assim. Peçam que ela vai dar a vocês as meias vermelhas, brancas e pretas.

Os flamingos o agradeceram, e se foram voando até o ninho da coruja. Ao chegar, disseram:

- Boa noite, coruja! Viemos te pedir as meias vermelhas, brancas e pretas. Hoje é o grande baile das cobras, e se colocarmos essas meias, as cobras-coral irão se apaixonar por nós.

- Com muito prazer! – respondeu a coruja -. Esperem um segundo que eu já volto.

Saiu voando, deixou os flamingos sozinhos, e rapidamente voltou com as meias. Mas não eram meias, e sim couros de cobra-coral lindíssimos, recém tirados das cobras que a coruja havia caçado.

- Aqui estão as meias – disse a coruja -. Não se preocupem com nada, só com uma coisa: dancem a noite toda, dancem sem parar nem um momento, dancem de costas, de ponta-cabeça, como vocês quiserem; mas não parem em momento algum, porque em vez de dançar, vão é chorar.

Mas os flamingos, como são tontos não compreendiam bem qual o grande perigo que estavam correndo com isso tudo, e loucos de alegria colocaram os couros das cobras como se fossem meias, metendo as patas dentro dos couros, que eram como tubos. E muito contentes foram voando para o baile.

Quando viram os flamingos com suas meias lindíssimas, todos sentiram inveja. As cobras queriam dançar somente com eles, e como os flamingos não paravam um instante de mover as patas, as cobras não podiam ver bem do que eram feitas aquelas preciosas meias.

Mas pouco a pouco, as cobras começaram a desconfiar. Quando os flamingos passavam dançando ao lado delas, agachavam-se até o chão para ver bem.

As cobras-coral, especialmente, estavam muito inquietas. Não tiravam a vista das meias, e se agachavam também tratando de tocar com a língua as patas dos flamingos, porque a língua de uma cobra é como a mão de uma pessoa. Mas os flamingos dançavam e dançavam sem parar, mesmo estando muito cansados e já não podendo mais.

As cobras-coral, que reconheceram as meias, pediram às rãs suas lanternas, que eram bichinhos de luz, e esperaram todas juntas os flamingos caírem de cansados.

De fato, um minuto depois, um flamingo, que já não podia mais, tropeçou no charuto de um jacaré, cambaleou e caiu de costas. Em seguida, as cobras-coral correram com suas lanterninhas e iluminaram bem as patas do flamingo. E, ao ver o que eram aquelas meias, lançaram um assobio que se escutou até na outra ponta do Paraná.

- Não são meias! – gritaram as cobras – Sabemos o que é! Eles nos enganaram! Os flamingos mataram nossas irmãs e puseram seus couros como meias! As meias que têm são cobras-coral!

Ao ouvir isso, os flamingos, cheios de medo porque foram descobertos, quiseram voar; mas estavam tão cansados que não puderam levantar uma só pata. Então, as cobras-coral lançaram-se sobre eles, e se enroscando em suas patas, desfizeram as meias à mordidas. Arrancaram suas meias aos pedaços, e, enfurecidas, mordiam também as patas dos flamingos, para que morressem.

Os flamingos, loucos de dor, pulavam de um lado para o outro, sem que as cobras-coral se desenroscassem de suas patas, até que ao final, vendo que já não havia um só pedaço de meia, as cobras os deixaram livres, cansadas e arrumando o voal dos seus trajes de baile.

Além disso, as cobras-coral estavam seguras de que os flamingos iriam morrer, porque a metade, pelo menos, das cobras-coral que os tinham mordido, eram venenosas.

Mas os flamingos não morreram. Correram e se jogaram na água, sentindo uma dor imensa em suas patas, que eram brancas, e estavam então vermelhas por causa do veneno das cobras. Passaram-se dias e dias, e os flamingos sempre sentiam um terrível ardor em suas patas, as quais ficavam sempre com cor de sangue, porque estavam envenenadas.

Isso já faz muito tempo. E agora os flamingos ficam quase o dia todo com suas patas vermelhas metidas na água, tratando de diminuir o ardor que sentem nelas.

Às vezes se afastam da beira do rio e dão alguns passos por terra, para ver como se encontram suas pernas. Mas as dores do veneno voltam em seguida, e correm para entrar na água. Às vezes a dor que sentem é tão grande, que encolhem uma pata e ficam assim por horas inteiras, porque não podem esticá-la de tanta

dor.

Esta é a história dos flamingos, que antes tinham as patas brancas, e agora as têm vermelhas. Todos os peixes sabem o porquê, e fazem chacota com os flamingos. Mas os flamingos, enquanto se curam na água, não perdem a ocasião de se vingar, comendo os peixinhos que muito se aproximam com a intenção de caçar deles.

LA TORTUGA GIGANTE

Había una vez un hombre que vivía en Buenos Aires, y estaba muy contento porque era un hombre sano y trabajador. Pero un día se enfermó, y los médicos le dijeron que solamente yéndose al campo podría curarse. Él no quería ir, porque tenía hermanos chicos a quienes daba de comer; y se enfermaba cada día más. Hasta que un amigo suyo, que era director del Zoológico, le dijo un día:

- Usted es amigo mío, y es un hombre bueno y trabajador. Por eso quiero que se vaya a vivir al monte, a hacer mucho ejercicio al aire libre para curarse. Y como usted tiene mucha puntería con la escopeta, cace bichos del monte para traerme los cueros, y yo le daré plata adelantada para que sus hermanitos puedan comer bien.

El hombre enfermo aceptó, y se fue a vivir al monte, lejos, más lejos que Misiones todavía. Hacía allá mucho calor, y eso le hacía bien.

Vivía solo en el bosque, y él mismo se cocinaba. Comía pájaros y bichos del monte, que cazaba con la escopeta, y después comía frutas. Dormía bajo los árboles, y cuando hacía mal tiempo construía en cinco minutos una ramada con hojas de palmera, y allí pasaba sentado y fumando, muy contento en medio del bosque que bramaba con el viento y la lluvia.

Había hecho un atado con los cueros de los animales, y lo llevaba al hombro. Había también agarrado, vivas, muchas víboras venenosas, y las llevaba dentro de un gran mate, porque allí hay mates tan

grandes como una lata de querosene.

El hombre tenía otra vez buen color, estaba fuerte y tenía apetito. Precisamente un día en que tenía mucha hambre, porque hacía dos días que no cazaba nada, vio a la orilla de una gran laguna un tigre enorme que quería comer una tortuga, y la ponía parada de canto para meter dentro una pata y sacar la carne con las uñas. Al ver al hombre el tigre lanzó un rugido espantoso y se lanzó de un salto sobre él. Pero el cazador, que tenía una gran puntería, le apuntó entre los ojos, y le rompió la cabeza. Después le sacó el cuero, tan grande que él solo podría servir de alfombra para un cuarto.

-Ahora - se dijo el hombre - voy a comer tortuga, que es una carne muy rica.

Pero cuando se acercó a la tortuga, vio que estaba ya herida, y tenía la cabeza casi separada del cuello, y la cabeza colgaba casi de dos o tres hilos de carne.

A pesar del hambre que sentía, el hombre tuvo lástima de la pobre tortuga, y la llevó arrastrando con una soga hasta su ramada y le vendó la cabeza con tiras de género que sacó de su camisa, porque no tenía más que una sola camisa, y no tenía trapos. La había llevado arrastrando porque la tortuga era inmensa, tan alta como una silla, y pesaba como un hombre.

La tortuga quedó arrimada a un rincón, y allí pasó días y días sin moverse.

El hombre la curaba todos los días y después le daba golpecitos con la mano sobre el lomo.

La tortuga sanó por fin. Pero entonces fue el hombre quien se enfermó. Tuvo fiebre y le dolía todo el

cuerpo.

Después no pudo levantarse más. La fiebre aumentaba siempre, y la garganta le quemaba de tanta sed. El hombre comprendió que estaba gravemente enfermo, y habló en voz alta, aunque estaba solo, porque tenía mucha fiebre.

-Voy a morir -dijo el hombre-. Estoy solo, ya no puedo levantarme más, y no tengo quién me dé agua, siquiera. Voy a morir aquí de hambre y de sed.

Y al poco rato la fiebre subió aún más, y perdió el conocimiento.

Pero la tortuga lo había oído, y entendió lo que el cazador decía. Y ella pensó entonces:

-El hombre no me comió la otra vez, aunque tenía mucha hambre, y me curó. Yo lo voy a curar a él ahora.

Fue entonces a la laguna, buscó una cáscara de tortuga chiquita, y después de limpiarla bien con arena y ceniza la llenó de agua y le dio de beber al hombre, que estaba tendido sobre su manta y se moría de sed. Se puso a buscar enseguida raíces ricas y yuyitos tiernos, que le llevó al hombre para que comiera. El hombre comía sin darse cuenta de quién le daba la comida, porque tenía delirio con la fiebre y no conocía a nadie.

Todas las mañanas, la tortuga recorría el monte buscando raíces cada vez más ricas para darle al hombre, y sentía no poder subirse a los árboles para llevarle frutas.

El cazador comió así días y días sin saber quién le daba la comida, y un día recobró el conocimiento. Miró a todos lados, y vio que estaba solo, pues allí no había más que él y la tortuga, que era un animal. Y dijo otra vez en voz alta:

-Estoy solo en el bosque, la fiebre va a volver de nuevo, y voy a morir aquí, porque solamente en Buenos Aires hay remedios para curarme. Pero nunca podré ir, y voy a morir aquí.

Y como él lo había dicho, la fiebre volvió esa tarde, más fuerte que antes, y perdió de nuevo el conocimiento. Pero también esta vez la tortuga lo había oído, y se dijo:

-Si queda aquí en el monte se va a morir, porque no hay remedios, y tengo que llevarlo a Buenos Aires.

Dicho esto, cortó enredaderas finas y fuertes, que son como piolas, acostó con mucho cuidado al hombre encima de su lomo, y lo sujetó bien con las enredaderas para que no se cayese. Hizo muchas pruebas para acomodar bien la escopeta, los cueros y el mate con víboras, y al fin consiguió lo que quería, sin molestar al cazador, y emprendió entonces el viaje.

La tortuga, cargada así, caminó, caminó y caminó de día y de noche. Atravesó montes, campos, cruzó a nado ríos de una legua de ancho, y atravesó pantanos en que quedaba casi enterrada, siempre con el hombre moribundo encima. Después de ocho o diez horas de caminar se detenía, deshacía los nudos y acostaba al hombre con mucho cuidado en un lugar donde hubiera pasto bien seco.

Iba entonces a buscar agua y raíces tiernas, y le daba al hombre enfermo. Ella comía también, aunque estaba tan cansada que prefería dormir.

A veces tenía que caminar al sol; y como era verano, el cazador tenía tanta fiebre que deliraba y se moría de sed. Gritaba: ¡agua! ¡agua! a cada rato. Y cada vez la tortuga tenía que darle de beber.

Así anduvo días y días, semana tras semana. Cada vez estaban más cerca de Buenos Aires, pero también cada día la tortuga se iba debilitando, cada día tenía menos fuerza, aunque ella no se quejaba. A veces quedaba tendida, completamente sin fuerzas, y el hombre recobraba a medias el conocimiento. Y decía, en voz alta:

-Voy a morir, estoy cada vez más enfermo, y solo en Buenos Aires me podría curar. Pero voy a morir aquí, solo en el monte.

Él creía que estaba siempre en la ramada, porque no se daba cuenta de nada. La tortuga se levantaba entonces, y emprendía de nuevo el camino.

Pero llegó un día, un atardecer, en que la pobre tortuga no pudo más. Había llegado al límite de sus fuerzas, y no podía más. No había comido desde hacía una semana para llegar más pronto. No tenía más fuerza para nada.

Cuando cayó del todo la noche, vio una luz lejana en el horizonte, un resplandor que iluminaba el cielo, y no supo qué era. Se sentía cada vez más débil, y cerró entonces los ojos para morir junto con el

cazador, pensando con tristeza que no había podido salvar al hombre que había sido bueno con ella.

Y, sin embargo, estaba ya en Buenos Aires, y ella no lo sabía. Aquella luz que veía en el cielo era el resplandor de la ciudad, e iba a morir cuando estaba ya al fin de su heroico viaje.

Pero un ratón de la ciudad -posiblemente el ratoncito Pérez- encontró a los dos viajeros moribundos.

-¡Qué tortuga! -dijo el ratón-. Nunca he visto una tortuga tan grande. ¿Y eso que llevas en el lomo, que es? ¿Es leña?

-No -le respondió con tristeza la tortuga-. Es un hombre.

-¿Y dónde vas con ese hombre? -añadió el curioso ratón.

-Voy... voy... Quería ir a Buenos Aires -respondió la pobre tortuga en una voz tan baja que apenas se oía-. Pero vamos a morir aquí porque nunca llegaré...

-¡Ah, zonza, zonza! -dijo riendo el ratoncito-. ¡Nunca vi una tortuga más zonza! ¡Si ya has llegado a Buenos Aires! Esa luz que ves allí es Buenos Aires.

Al oír esto, la tortuga se sintió con una fuerza inmensa porque aún tenía tiempo de salvar al cazador, y emprendió la marcha.

Y cuando era de madrugada todavía, el director del Jardín Zoológico vio llegar a una tortuga embarrada y sumamente flaca, que traía acostado en su lomo y atado con enredaderas, para que no se cayera,

a un hombre que se estaba muriendo. El director reconoció a su amigo, y él mismo fue corriendo a buscar remedios, con los que el cazador se curó enseguida.

Cuando el cazador supo cómo lo había salvado la tortuga, cómo había hecho un viaje de trescientas leguas para que tomara remedios, no quiso separarse de ella. Y como él no podía tenerla en su casa, que era muy chica, el director del Zoológico se comprometió a tenerla en el Jardín, y a cuidarla como si fuera su propia hija.

Y así pasó. La tortuga, feliz y contenta con el cariño que le tienen, pasea por todo el Jardín, y es la misma gran tortuga que vemos todos los días comiendo el pastito alrededor de las jaulas de los monos.

El cazador la va a ver todas las tardes y ella conoce desde lejos a su amigo, por los pasos. Pasan un par de horas juntos, y ella no quiere nunca que él se vaya sin que le dé una palmadita de cariño en el lomo.

A TARTARUGA GIGANTE

Era uma vez um homem que vivia em Buenos Aires e estava muito contente por ser um homem saudável e trabalhador. Mas um dia adoeceu, e os médicos lhe disseram que somente poderia se curar se fosse passar um tempo no campo. Ele não queria ir, porque tinha irmãos pequenos a quem dava de comer; e, assim, adoecia cada dia mais. Até que um amigo seu, que era diretor do Zoológico, lhe disse um dia:

- O senhor é meu amigo, e é um homem bom e trabalhador. Por isso quero que vá viver na montanha e praticar muitos exercícios ao ar livre para curar-se. E como o senhor tem uma pontaria muito boa com a escopeta, cace animais da montanha, traga-me os couros, e eu lhe darei dinheiro adiantado para que seus irmãozinhos possam comer bem.

O homem doente aceitou, e foi viver na montanha distante para lá de Misiones. Nesse local fazia muito calor, e isso lhe fazia bem.

Vivia sozinho no bosque, e ele mesmo cozinhava. Comia pássaros e bichos da montanha que caçava com a escopeta, e depois comia frutas. Dormia sob as árvores, e quando vinha o mau tempo, construía em cinco minutos um abrigo com folhas de palmeira, e ali ficava sentado fumando, muito contente no meio do bosque que bramava com o vento e com a chuva.

Tinha feito uma trouxa com os couros dos animais, e a levava junto ao ombro. Tinha agarrado também muitas cobras venenosas vivas, e as levava dentro de uma grande cuia, porque lá existem cuias tão

grandes como uma lata de querosene.

O homem tinha outra vez uma boa cor, estava forte e tinha apetite. Em um dia que estava com muita fome, porque faziam dois dias que não caçava nada, viu à beira de uma grande lagoa um tigre enorme que queria comer uma tartaruga, e a colocava parada de lado para meter uma pata dentro de seu casco e tirar a carne com as unhas. Ao ver o homem, o tigre lançou um rugido espantoso e saltou sobre ele. Mas o caçador, que tinha uma excelente pontaria, apontou entre os olhos do animal, e lhe explodiu a cabeça. Depois tirou seu couro, que era tão grande que só poderia servir de tapete para quarto.

- Agora – disse o homem -, vou comer tartaruga, que é uma carne muito gostosa.

Mas quando se aproximou da tartaruga, viu que ela já estava ferida, e tinha a cabeça quase separada do pescoço, pendurada por dois ou três fios de carne.

Apesar da fome que sentia, o homem teve dó da pobre tartaruga, e a levou arrastada por uma corda até seu abrigo e vendou sua cabeça com tiras de pano que tirou de sua camisa, pois não tinha nada mais do que uma camisa, e não tinha trapos. Levou a tartaruga arrastada porque era imensa, tão alta quanto uma cadeira, e pesava como um homem.

A tartaruga se escorou em um canto e ali ficou dias e dias sem se mover.

O homem cuidava da tartaruga todos os dias e sempre lhe dava tapinhas no lombo com a mão.

Finalmente a tartaruga sarou. Porém, dessa vez, foi o homem quem ficou doente. Teve febre e dor no

corpo todo.

Depois não pôde mais se levantar. A febre aumentava cada vez mais e a garganta queimava de tanta sede que tinha. O homem percebeu que estava muito doente, e falou em voz alta, mesmo que estivesse sozinho, porque estava com muita febre.

- Vou morrer - disse o homem -. Estou sozinho, já não posso mais me levantar, e não tenho nem se quer, quem me dê água.

E rapidamente, a febre aumentou ainda mais, e o homem já não conseguia mais raciocinar.

Mas a tartaruga o havia escutado, e entendeu o que o caçador dizia. Então pensou:

- O homem não me comeu na outra vez, mesmo que estivesse com muita fome, e me salvou. Agora é a minha vez de curá-lo.

Foi então à lagoa, buscou um casco de tartaruga pequeno, e depois de limpá-lo bem com areia e cinzas, o encheu de água e deu de beber ao homem, que estava estendido sobre sua manta morrendo de sede. Procurou, em seguida, raízes e plantas comestíveis, que levou ao homem para que comesse. O homem comia sem dar-se conta de quem lhe oferecia a comida, porque estava delirando com a febre e não reconhecia nada nem ninguém.

Todas as manhãs, a tartaruga percorria o monte procurando raízes cada vez mais nutritivas para dar

ao homem, e ficava triste por não poder subir nas árvores para levar frutas até ele.

O caçador comeu assim por dias e dias, sem saber quem lhe dava a comida, até que um dia retomou a consciência. Olhou por todos os lados, e viu que estava sozinho, pois ali não havia mais ninguém além dele e da tartaruga, que era um animal. E disse outra vez em voz alta:

- Estou sozinho no bosque, a febre vai voltar outra vez, e vou morrer aqui, porque somente em Buenos Aires existem remédios para me curar. Mas nunca poderei ir, morrerei aqui.

E, assim como ele havia dito, a febre voltou naquela tarde, mais forte do que antes, fazendo com que perdesse outra vez a consciência. Mas a tartaruga o escutou novamente, e disse:

- Se ficar aqui na montanha, vai morrer porque não há remédios e preciso levá-lo a Buenos Aires.

Dito isso, cortou plantas finas e fortes, que são como barbantes, deitou o homem com muito cuidado em cima de seu lombo, e o ajeitou bem entre as plantas para que não caísse. Tentou de vários modos acomodar bem a escopeta, os couros e as cuias com cobras, até que, ao final, conseguiu o que queria, e sem incomodar o caçador, iniciou então sua viagem.

A tartaruga, carregada dessa maneira, caminhou, caminhou e caminhou de dia e de noite. Atravessou montanhas, campos, cruzou a nado rios de uma légua de largura, e atravessou pântanos em que praticamente ficava enterrada, sempre com o homem moribundo em cima dela. Depois de oito ou dez horas a caminhar, parava, desfazia os nós e acomodava o homem com muito cuidado em um lugar onde houvesse pasto bem

seco.

Então ia buscar água e raízes macias para dar de comer ao homem doente. Ela comia também, embora estivesse tão cansada que preferia dormir.

Às vezes tinha que caminhar ao sol; e como era verão, o caçador tinha tanta febre que delirava e morria de sede. Gritava: Água! Água! A cada passo. E cada vez mais a tartaruga tinha que dar a ele o que beber.

Assim andou por dias e dias, semanas a semanas. Cada vez estavam mais próximos de Buenos Aires, mas também cada vez mais a tartaruga se enfraquecia, a cada dia tinha menos força, mesmo que não se queixasse. Às vezes ficava parada, completamente sem forças, e o homem recobrava, por vezes a consciência. E dizia em voz alta:

- Vou morrer, estou cada vez mais doente, e só em Buenos Aires poderei me curar. Vou morrer aqui, sozinho na montanha.

Ele ainda acreditava que estava em seu abrigo, porque não se dava conta de nada. A tartaruga se levantava então, e começava de novo a caminhada.

Mas chegou um dia, um entardecer, em que a pobre tartaruga já não pôde mais. Tinha chegado ao limite de suas forças, e não podia mais seguir adiante. Não comia já fazia uma semana para chegar o mais rápido possível, por isso não tinha mais forças para nada.

Quando anoiteceu por completo, viu uma luz longe no horizonte, um resplendor que iluminava o céu, e não soube o que era. Sentia-se cada vez mais fraca e resolveu então fechar os olhos para morrer junto com o caçador, pensando com tristeza que não pôde salvar o homem que tinha sido tão bom com ela.

Contudo, já estavam em Buenos Aires, mas ela não sabia. Aquela luz que via no céu era o brilho da cidade, e ia morrer quando já estava no final de sua viagem heróica.

Mas um rato da cidade - possivelmente o ratinho Pérez - encontrou os viajantes moribundos.

- Que tartaruga! - disse o rato -. Nunca vi uma tartaruga tão grande. E isso que leva no seu lombo, o que é? É lenha?

- Não. - respondeu-lhe com tristeza a tartaruga -. É um homem.

- E aonde vai com esse homem? - acrescentou o curioso ratinho.

- Vou... vou... Queria ir para Buenos Aires. - respondeu a pobre tartaruga com uma voz tão baixa que mal se escutava -. Mas vamos morrer aqui, porque nunca chegarei...

- Ah, tonta, tonta! - disse o ratinho rindo -. Nunca vi uma tartaruga tão tonta como você! Você já chegou em Buenos Aires! Essas luzes que você vê ali, é Buenos Aires.

Ao ouvir isso, a tartaruga sentiu uma força imensa, porque ainda havia tempo para salvar o caçador, e recomeçou a caminhada.

E quando já era madrugada, o diretor do Jardim Zoológico viu chegar uma tartaruga suja de barro e extremamente fraca, que trazia sobre seu lombo, atado em plantas para que não caísse, um homem que estava morrendo. O diretor reconheceu seu amigo, e foi correndo buscar remédios, fazendo com que o caçador melhorasse em seguida.

Quando o caçador soube como a tartaruga o havia salvo, fazendo uma viagem de trezentas léguas para que tomasse remédios, não quis mais se separar dela. E como o caçador não podia ficar com a tartaruga em sua casa, porque era muito pequena, o diretor do Zoológico se comprometeu a ficar com o animal no Jardim, e a cuidar dela como se fosse sua própria filha.

E foi assim que aconteceu. A tartaruga, feliz e contente com o carinho que recebe, passeia por todo o Jardim, e é a mesma tartaruga grande que vemos todos os dias comendo o pasto ao redor das jaulas dos macacos.

O caçador a visita todas as tardes e ela o reconhece de longe, pelo seu caminhar. Passam várias horas juntos, e ela não quer nunca que ele se vá sem que antes lhe dê uma palmadinha de carinho no lombo.

HISTORIA DE DOS CACHORROS DE COATÍ Y DE DOS CACHORROS DE HOMBRE

Había una vez un coatí que tenía tres hijos. Vivían en el monte comiendo frutas, raíces y huevos de pajaritos. Cuando estaban arriba de los árboles y sentían un gran ruido, se tiraban al suelo de cabeza y salían corriendo con la cola levantada.

Una vez que los coaticitos fueron un poco grandes, su madre los reunió un día arriba de un naranjo y les habló así:

- Coaticitos: ustedes son bastante grandes para buscarse la comida solos. Deben aprenderlo, porque cuando sean viejos andarán siempre solos, como todos los coatís. El mayor de ustedes, que es muy amigo de cazar cascarudos, puede encontrarlos entre los palos podridos, porque allí hay muchos cascarudos y cucarachas. El segundo, que es gran comedor de frutas, puede encontrarlas en este naranjal; hasta diciembre habrá naranjas. El tercero, que no quiere comer sino huevos de pájaros, puede ir a todas partes, porque en todas partes hay nidos de pájaros. Pero que no vaya nunca a buscar nidos al campo, porque es peligroso.

“Coaticitos: hay una sola cosa a la cual deben tener gran miedo. Son los perros. Yo peleé una vez con ellos, y sé lo que les digo; por eso tengo un diente roto. Detrás de los perros vienen siempre los hombres con un gran ruido, que mata. Cuando oigan cerca este ruido, tírense de cabeza al suelo, por alto que sea el árbol.

Si no lo hacen así los mataran con seguridad de un tiro.”

Así habló la madre. Todos se bajaron entonces y se separaron, caminando de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como si hubieran perdido algo, porque así caminan los coatís.

El mayor, que quería comer cascarudos, buscó entre los palos podridos y las hojas de los yuyos, y encontró tantos, que comió hasta quedarse dormido. El segundo, que prefería las frutas a cualquier cosa, comió cuantas naranjas quiso, porque aquel naranjal estaba dentro del monte, como pasa en el Paraguay y Misiones, y ningún hombre vino a incomodarlo. El tercero, que era loco por los huevos de pájaros, tuvo que andar todo el día para encontrar únicamente dos nidos; uno de tucán, que tenía tres huevos, y uno de tórtolas, que tenía sólo dos. Total, cinco huevos chiquitos, que era muy poca comida; de modo que al caer la tarde el coaticito tenía tanta hambre como de mañana, y se sentó muy triste a la orilla del monte. Desde allí veía el campo, y pensó en la recomendación de su madre.

- ¿Por qué no querrá mamá -se dijo- que vaya a buscar nidos en el campo?

Estaba pensando así cuando oyó, muy lejos, el canto de un pájaro.

-¡Qué canto tan fuerte! -dijo admirado-. ¡Qué huevos tan grandes debe tener ese pájaro!

El canto se repitió. Y entonces el coatí se puso a correr por entre el monte, cortando camino, porque el canto había sonado muy a su derecha. El sol caía ya, pero el coatí volaba con la cola levantada. Llegó a la orilla del monte, por fin, y miró al campo. Lejos vio la casa de los hombres, y vio a un hombre con botas que

llevaba un caballo de la soga. Vio también un pájaro muy grande que cantaba y entonces el coaticito se golpeó la frente y dijo:

-¡Qué zonzo soy! Ahora ya sé qué pájaro es ese. Es un gallo; mamá me lo mostró un día de arriba de un árbol. Los gallos tienen un canto lindísimo, y tienen muchas gallinas que ponen huevos. ¡Si yo pudiera comer huevos de gallina!...

Es sabido que nada gusta tanto a los bichos chicos del monte como los huevos de gallina. Durante un rato el coaticito se acordó de la recomendación de su madre. Pero el deseo pudo más, y se sentó a la orilla del monte, esperando que cerrara bien la noche para ir al gallinero.

La noche cerró por fin, y entonces, en puntas de pie y paso a paso, se encaminó a la casa. Llegó allá y escuchó atentamente: no se sentía el menor ruido. El coaticito, loco de alegría porque iba a comer cien, mil, dos mil huevos de gallina, entró en el gallinero, y lo primero que vio bien en la entrada fue un huevo que estaba solo en el suelo. Pensó un instante en dejarlo para el final, como postre, porque era un huevo muy grande; pero la boca se le hizo agua, y clavó los dientes en el huevo.

Apenas lo mordió, ¡TRAC!, un terrible golpe en la cara y un inmenso dolor en el hocico.

-¡Mamá, mamá! -gritó, loco de dolor, saltando a todos lados. Pero estaba sujeto, y en ese momento oyó el ronco ladrido de un perro.

Mientras el coatí esperaba en la orilla del monte que cerrara bien la noche para ir al gallinero, el

hombre de la casa jugaba sobre la gramilla con sus hijos, dos criaturas rubias de cinco y seis años, que corrían riendo, se caían, se levantaban riendo otra vez, y volvían a caerse. El padre se caía también, con gran alegría de los chicos. Dejaron por fin de jugar porque ya era de noche, y el hombre dijo entonces:

-Voy a poner la trampa para cazar a la comadreja que viene a matar los pollos y robar los huevos.

Y fue y armó la trampa. Después comieron y se acostaron. Pero las criaturas no tenían sueño, y saltaban de la cama del uno a la del otro y se enredaban en el camisón. El padre, que leía en el comedor, los dejaba hacer. Pero los chicos de repente se detuvieron en sus saltos y gritaron:

-¡Papá! ¡Ha caído la comadreja en la trampa!, ¡Tuké está ladrando! ¡Nosotros también queremos ir, papá!

El padre consintió, pero no sin que las criaturas se pusieran las sandalias, pues nunca los dejaba andar descalzos de noche, por temor a las víboras.

Fueron. ¿Qué vieron allí? Vieron a su padre que se agachaba, teniendo al perro con una mano, mientras con la otra levantaba por la cola a un coatí, un coaticito chico aún, que gritaba con un chillido rapidísimo y estridente, como un grillo.

-¡Papá, no lo mates! -dijeron las criaturas-. ¡Es muy chiquito! ¡Dánslo para nosotros!

-Bueno, se los voy a dar -respondió el padre-. Pero cuídenlo bien, y sobre todo no se olviden de que

los coatis toman agua como ustedes.

Esto lo decía porque los chicos habían tenido una vez un gatito montés al cual a cada rato le llevaban carne, que sacaban de la fiambarrera, pero nunca le dieron agua, y se murió. En consecuencia, pusieron al coati en la misma jaula del gato montés, que estaba cerca del gallinero, y se acostaron todos otra vez.

Y cuando era más de medianoche y había un gran silencio, el coaticito, que sufría mucho por los dientes de la trampa, vio, a la luz de la luna, tres sombras que se acercaban con gran sigilo. El corazón le dio un vuelco al pobre coaticito al reconocer a su madre y sus dos hermanos que lo estaban buscando.

-¡Mamá, mamá! -murmuró el prisionero en voz muy baja para no hacer ruido-. ¡Estoy aquí! ¡Sáquenme de aquí! ¡No quiero quedarme, ma ... má! -y lloraba desconsolado.

Pero a pesar de todo estaban contentos porque se habían encontrado, y se hacían mil caricias en el hocico.

Se trató enseguida de hacer salir al prisionero. Probaron primero a cortar el alambre tejido, y los cuatro se pusieron a trabajar con los dientes; mas no conseguían nada. Entonces a la madre se le ocurrió de repente una idea, y dijo:

-¡Vamos a buscar las herramientas del hombre! Los hombres tienen herramientas para cortar fierro. Se llaman limas. Tienen tres lados como las víboras de cascabel. Se empuja y se retira. ¡Vamos a buscarla!

Fueron al taller del hombre y volvieron con la lima. Creyendo que uno solo no tendría fuerzas

bastantes, sujetaron la lima entre los tres y empezaron el trabajo. Y se entusiasmaron tanto, que al rato la jaula entera temblaba con las sacudidas y hacía un terrible ruido. Tal ruido hacía, que el perro se despertó, lanzando un ronco ladrido. Mas los coatís no esperaron a que el perro les pidiera cuenta de ese escándalo y dispararon al monte, dejando la lima tirada.

Al día siguiente, los chicos fueron temprano a ver a su nuevo huésped, que estaba muy triste.

-¿Qué nombre le pondremos? -preguntó la nena a su hermano.

-¡Ya sé! -respondió el varoncito-. ¡Le pondremos Diecisiete!

¿Por qué Diecisiete? Nunca hubo bicho del monte con nombre más raro. Pero el varoncito estaba aprendiendo a contar, y tal vez le había llamado la atención aquel número.

El caso es que se llamó Diecisiete. Le dieron pan, uvas, chocolate, carne, langostas, huevos, riquísimos huevos de gallina. Lograron que en un solo día se dejara rascar la cabeza; y tan grande es la sinceridad del cariño de las criaturas, que al llegar la noche el coatí estaba casi resignado con su cautiverio. Pensaba a cada momento en las cosas ricas que había para comer allí, y pensaba en aquellos rubios cachorritos de hombre que tan alegres y buenos eran.

Durante dos noches seguidas, el perro durmió tan cerca de la jaula, que la familia del prisionero no se atrevió a acercarse, con gran sentimiento. Cuando a la tercera noche llegaron de nuevo a buscar la lima para dar libertad al coaticito, este les dijo:

-Mamá: yo no quiero irme más de aquí. Me dan huevos y son muy buenos conmigo. Hoy me dijeron que si me portaba bien me iban a dejar suelto muy pronto. Son como nosotros. Son cachorritos también y jugamos juntos.

Los coatís salvajes quedaron muy tristes, pero se resignaron, prometiendo al coaticito venir todas las noches a visitarlo.

Efectivamente, todas las noches, lloviera o no, su madre y sus hermanos iban a pasar un rato con él. El coaticito les daba pan por entre el tejido de alambre, y los coatís salvajes se sentaban a comer frente a la jaula.

Al cabo de quince días, el coaticito andaba suelto y él mismo se iba de noche a su jaula. Salvo algunos tirones de orejas que se llevaba por andar cerca del gallinero, todo marchaba bien. Él y las criaturas se querían mucho, y los mismos coatís salvajes, al ver lo buenos que eran aquellos cachorritos de hombre, habían concluido por tomar cariño a las dos criaturas.

Hasta que una noche muy oscura, en que hacía mucho calor y tronaba, los coatís salvajes llamaron al coaticito y nadie les respondió. Se acercaron muy inquietos y vieron entonces, en el momento en que casi la pisaban, una enorme víbora que estaba enroscada a la entrada de la jaula. Los coatís comprendieron en seguida que el coaticito había sido mordido al entrar, y no había respondido a su llamado porque acaso estaba ya muerto. Pero lo iban a vengar bien. En un segundo, entre los tres, enloquecieron a la serpiente de cascabel, saltando de aquí para allá, y en otro segundo cayeron sobre ella, deshaciéndole la cabeza a

mordiscones.

Corrieron entonces adentro, y allí estaba en efecto el coaticito, tendido, hinchado, con las patas temblando y muriéndose. En balde los coatís salvajes lo movieron; lo lamieron en balde por todo el cuerpo durante un cuarto de hora. El coaticito abrió por fin la boca y dejó de respirar, porque estaba muerto.

Los coatís son casi refractarios, como se dice, al veneno de las víboras. No les hace casi nada el veneno, y hay otros animales, como la mangosta, que resisten muy bien el veneno de las víboras. Con toda seguridad el coaticito había sido mordido en una arteria o una vena, porque entonces la sangre se envenena enseguida, y el animal muere. Esto le había pasado al coaticito.

Al verlo así, su madre y sus hermanos lloraron un largo rato. Después, como nada más tenían que hacer allí, salieron de la jaula, se dieron vuelta para mirar por última vez la casa donde tan feliz había sido el coaticito, y se fueron otra vez al monte.

Pero los tres coatís, sin embargo, iban muy preocupados, y su preocupación era esta: ¿qué iban a decir los chicos, cuando al día siguiente, vieran muerto a su querido coaticito? Los chicos le querían muchísimo, y ellos, los coatís, querían también a los cachorritos rubios. Así es que los tres coatís tenían el mismo pensamiento, y era evitarles ese gran dolor a los chicos.

Hablaron un largo rato y al fin decidieron lo siguiente: el segundo de los coatís, que se parecía muchísimo al menor en cuerpo y en modo de ser, iba a quedarse en la jaula, en vez del difunto. Como estaban enterados de muchos secretos de la casa, por los cuentos del coaticito, los chicos no conocerían

nada; extrañarían un poco algunas cosas, pero nada más.

Y así pasó en efecto. Volvieron a la casa, y un nuevo coaticito reemplazó al primero, mientras la madre y el otro hermano se llevaban sujetos a los dientes el cadáver del menor. Lo llevaron despacio al monte, y la cabeza colgaba, balanceándose, y la cola iba arrastrando por el suelo.

Al día siguiente los chicos extrañaron, efectivamente, algunas costumbres raras del coaticito. Pero como este era tan bueno y cariñoso como el otro, las criaturas no tuvieron la menor sospecha. Formaron la misma familia de cachorritos de antes, y, como antes, los coatís salvajes venían noche a noche a visitar al coaticito civilizado, y se sentaban a su lado a comer pedacitos de huevos duros que él les guardaba, mientras ellos le contaban la vida de la selva.

HISTÓRIA DE DOIS FILHOTES DE QUATI E DE DOIS FILHOTES DE HOMEM

Era uma vez um quati que tinha três filhotes. Viviam na montanha comendo frutas, raízes e ovos de passarinho. Quando estavam em cima das árvores e ouviam um grande ruído, pulavam no chão e saíam correndo com o rabo levantado.

Quando os quatizinhos já estavam um pouco maiores, sua mãe os reuniu um dia em cima de uma laranjeira e lhes falou assim:

- Quatizinhos: vocês já estão bem grandes para buscarem comida sozinhos. Têm que aprender porque, quando forem velhos, andarão sempre sozinhos, como todos os quatis. O mais velho de vocês, que é muito bom em caçar besouros, pode encontrá-los no meio do pau podre, porque ali existem muitos besouros e baratas. O segundo, que é um grande comedor de frutas, pode encontrá-las neste laranjal; até dezembro haverá laranjas. O terceiro, que só quer comer ovos de passarinho, pode ir a todas as partes, porque em todas as partes existem ninhos de pássaros. Mas ele nunca deve ir procurar ninhos no campo, porque é perigoso.

“Quatizinhos: só tem uma coisa que devem ter muito medo. São os cães. Eu lutei uma vez com eles, e sei o que estou lhes dizendo; por isso tenho um dente quebrado. Depois dos cães, vêm sempre os homens com um barulho terrível, que mata. Quando escutarem esse ruído e estiverem próximos, pulem da árvore o

mais rápido possível, por mais alto que seja. Se não fizerem isso, eles certamente os matarão com um tiro.

Assim falou a mãe. Então, todos se abaixaram e se separaram, caminhando da direita para a esquerda e da esquerda para a direita, como se tivessem perdido algo, porque assim caminham os quatis.

O maior, que queria comer besouros, procurou entre o pau podre e as folhas de erva, e encontrou tantos, que comeu até dormir. O segundo, que preferia as frutas a qualquer outra coisa, comeu todas as laranjas que quis, porque aquele laranjal ficava na montanha, como acontece no Paraguai e em Misiones, e nenhum homem veio incomodá-lo. O terceiro, que era louco por ovos de passarinho, teve que andar o dia todo para encontrar apenas dois ninhos/ um de tucano, que tinha três ovos, e um de pomba, que tinha somente dois ovos. Ao final, comeu cinco ovinhos, que era muito pouca comida; de modo que ao cair a tarde, o quatizinho tinha tanta fome como de manhã, e se sentou muito triste à beira da montanha. Do lugar onde estava via o campo, e pensou na recomendação de sua mãe.

- Por que mamãe não quer que eu vá buscar ninhos no campo? - disse consigo mesmo.

Estava pensando assim quando escutou, muito longe, o canto de um pássaro.

- Que canto forte! - disse admirado - Que ovos grandes deve ter esse pássaro!

O canto se repetiu e então o quati começou a correr pela montanha, cortando caminho, porque havia escutado o canto mais a sua direita. O sol já se punha, mas o quati continuava a correr com o rabo levantado. Chegou à beira da montanha e, finalmente, olhou o campo. Ao longe viu a casa dos homens, e viu

um homem com botas levando um cavalo numa corda. Viu também um pássaro muito grande que cantava e então o quatizinho se sacudiu dizendo:

- Como eu sou tonto! Agora já sei que pássaro é esse. É um galo; mamãe me mostrou um dia de cima de uma árvore. Os galos têm um canto lindíssimo, e têm muitas galinhas que botam ovos. Se eu pudesse comer ovos de galinha!...

Sabe-se que a comida favorita dos filhotes de animais da montanha são os ovos de galinha. Durante um momento o quatizinho se lembrou da recomendação de sua mãe. Mas o desejo falou mais alto, e se sentou à beira do monte esperando que caísse a noite para que pudesse ir ao galinheiro.

A noite chegou e então, na ponta dos pés, cuidando os passos, o quati se encaminhou à casa. Chegou lá e escutou atentamente: não se ouvia o menor ruído. O quatizinho, louco de alegria porque ia comer cem, mil, dois mil ovos de galinha, entrou no galinheiro, e a primeira coisa que viu, bem a sua frente, foi um ovo que estava desprotegido no chão. Pensou um instante em deixá-lo para o final, como sobremesa, porque era um ovo imenso; mas a boca se encheu d'água e então cravou os dentes no ovo.

Somente o mordeu, TRAC!, um golpe terrível na cara e uma dor imensa no focinho.

- Mamãe, mamãe! - gritou, louco de dor, pulando de um lado para o outro. Mas estava à mostra, e nesse momento ouviu um cão latindo fortemente.

Enquanto o quati esperava à beira da montanha que anoitecesse para ir ao galinheiro, o homem da

casa brincava com seus filhos na grama, duas criaturas louras de cinco e seis anos de idade, que corriam rindo, caíam, se levantavam rindo outra vez, e voltavam a cair. O pai se derrubava também, para a felicidade dos filhos. Deixaram, por fim, de brincar porque já era noite, e o homem disse então:

- Vou montar a armadilha para pegar a fuinha que vem matar os frangos e roubar os ovos.

E foi montar a armadilha. Depois comeram e se deitaram. Mas as crianças não tinham sono, e pulavam da cama de um para a cama do outro, se enroscando nos pijamas. O pai, que lia na sala de jantar, os deixava brincar. Mas os meninos, de repente, se detiveram em seus pulos e gritaram:

- Papai! A fuinha caiu na armadilha!, Tuké está latindo! Nós também queremos ir junto, papai!

O pai consentiu, mas não antes que as crianças colocassem as sandálias, pois nunca deixava que seus filhos andassem descalços de noite, porque tinha medo de cobras.

Foram. O que viram ali? Viram que seu pai se agachava, segurando o cão com uma mão, enquanto que com a outra levantava pelo rabo um quati, um quatizinho ainda filhote, que gritava com um berro muito rápido e estridente, como o som um grilo.

- Papai, não mate ele! - disseram as crianças -. É muito pequenininho! Deixe ele ficar conosco!

- Bom, vou dá-lo a vocês - respondeu o pai - Mas cuidem muito bem dele, e especialmente não se esqueçam de que os quatis tomam água assim como vocês.

Isso os dizia, porque uma vez as crianças tiveram um gatinho montês, e a cada pouco levavam carne para ele comer, que tiravam da marmita, mas nunca lhe deram água para beber, e assim o animal acabou morrendo. Por causa disso, colocaram o quati na mesma jaula do gato montês, que ficava perto do galinheiro, e então voltaram a dormir.

E quando era mais de meia noite e havia um grande silêncio, o quatizinho, que sofria muito devido aos dentes da armadilha, viu, à luz da lua, três sombras que se aproximavam com grande sigilo. O coração do pobre quatizinho disparou ao reconhecer sua mãe e seus dois irmãos que o estavam procurando.

- Mamãe, mamãe! - murmurou o prisioneiro em voz baixa para não fazer ruído -. Estou aqui! Tirem-me daqui! Não quero ficar, ma... ma! - e chorava desconsolado.

Mas, apesar de tudo, estavam contentes porque tinham se encontrado, e faziam mil carícias com o focinho.

Trataram, em seguida, de tirar o prisioneiro. Primeiro tentaram cortar a tela de arame roendo a jaula em conjunto; mas não conseguiram. De repente, a mãe teve uma ideia e disse:

- Vamos buscar as ferramentas do homem! Os homens têm ferramentas para cortar ferro, chamam-se limas. Têm três lados, como as cascavéis. Se empurra e se puxa. Vamos buscá-la!

Foram à oficina do homem e voltaram com a lima. Acreditando que um só não teria forças o bastante, pegaram a lima entre os três e começaram o trabalho. Se entusiasmaram tanto, que rapidamente

toda a jaula tremeu com as sacudidas, fazendo um barulho terrível. Fizeram tanto barulho, que o cachorro acordou, latindo fortemente. Contudo, os quatis não esperaram que o cão lhes questionasse sobre esse escândalo e dispararam em direção à montanha, deixando a lima jogada.

No dia seguinte, as crianças foram cedo ver seu novo hóspede, que estava muito triste.

- Que nome daremos a ele? - perguntou a caçula a seu irmão.

- Já sei! - respondeu o homenzinho -. Chamaremos ele de Dezesete!

- Por que Dezesete? Nunca existiu um bicho da montanha com nome mais estranho. Mas o homenzinho estava aprendendo a contar, e talvez esse número tivesse chamado sua atenção.

O caso é que o quati se chamou Dezesete. Deram para ele pão, uvas, chocolate, carne, gafanhotos, ovos, deliciosos ovos de galinha. Conseguiram, já no primeiro dia, acariciar a cabeça do animalzinho; e tão grande é a sinceridade do carinho das crianças, que ao chegar a noite, o quati estava quase conformado com seu cativeiro. Pensava a cada momento nas delícias que havia para comer por ali, e pensava naqueles louros filhotinhos de homem que eram tão alegres e bons com ele.

Durante duas noites seguidas, o cão dormiu tão perto da jaula, que a família do prisioneiro não se atreveu a se aproximar, com grande pesar. Quando à terceira noite chegaram de novo para buscar a lima para libertar o quatizinho, ouviram:

- Mamãe: não quero mais ir embora daqui. Eles me dão ovos e são muito bons comigo. Hoje me

disseram que se eu me comportar bem, amanhã vão me deixar solto. São como nós, são filhotinhos também e nós brincamos muito juntos.

Os quatis selvagens ficaram muito tristes, mas aceitaram, prometendo ao quatizinho vir todas as noites visitá-lo.

De fato, chovendo ou não, sua mãe e seus irmãos vinham todas as noites ficar um momento com ele. O quatizinho lhes dava pão pela grade de arame, e os quatis selvagens se sentavam para comer em frente à jaula. Depois de quinze dias, o quatizinho andava solto e ele mesmo ia sozinho para sua jaula durante a noite. Salvo alguns puxões de orelha que levava por andar muito próximo do galinheiro, tudo ia bem. Ele e as crianças se amavam muito, e os quatis selvagens, ao ver como aqueles filhotinhos de homem eram bons, passaram a sentir carinho para com as crianças.

Até que uma noite muito escura, em que fazia muito calor e trovejava, os quatis selvagens chamaram o quatizinho e ninguém lhes respondeu. Aproximaram-se muito inquietos e então viram uma cobra enorme que estava enroscada na entrada da jaula. Os quatis compreenderam, em seguida, que o quatizinho havia sido mordido ao entrar, e não tinha respondido a seu chamado porque já estava morto. Mas iam vingá-lo. Em um segundo os três enlouqueceram a cobra cascavel, pulando daqui para lá, e em outro segundo caíram sobre ela, desfazendo sua cabeça a mordidas.

Correram então adentro, e ali estava o quatizinho, caído, estendido, inchado, com as patas tremendo e morrendo. Em vão, os quatis selvagens o moveram; lamberam o seu corpo durante 15 minutos, até que o

quatizinho, por fim, abriu a boca e deixou de respirar, porque estava morto.

Os quatis são quase imunes, como se diz, ao veneno das cobras. Não lhes faz quase nada, e existem outros animais, como o mangusto, que resistem muito bem ao veneno das cobras. Com toda segurança, o quatizinho tinha sido mordido em uma artéria ou em uma veia, porque então o sangue rapidamente se envenena e o animal morre. E foi isso o que aconteceu com o quatizinho.

Ao vê-lo assim, sua mãe e seus irmãos choraram por um bom tempo. Depois, como não tinham mais nada para fazer ali, saíram da jaula, deram a volta para olhar por uma última vez a casa em que fora tão feliz o quatizinho, e se foram outra vez à montanha.

Mas os três quatis, contudo, iam muito preocupados, e sua preocupação era esta: o que iam dizer os meninos, no dia seguinte, quando vissem seu querido quatizinho morto? Os meninos o amavam muito, e eles, os quatis, amavam também os filhotinhos louros. E foi assim que os três quatis tiveram o mesmo pensamento, que era evitar essa grande dor para as crianças.

Conversaram por um bom tempo e, ao final, decidiram o seguinte: o segundo quati, que se parecia muito com o menor em corpo e em jeito de ser, ia ficar na jaula, em vez do cadáver. Como sabiam de muitos segredos da casa, pelo que contava o quatizinho, os meninos não perceberiam nada; sentiriam falta de algumas coisas, mas nada de mais.

E foi assim que aconteceu. Voltaram à casa, e um novo quatizinho substituiu o primeiro, enquanto a mãe e o outro irmão levavam, nos dentes, o cadáver do menor. Levaram ele devagar à montanha, a cabeça

pendurada, se balançando, e o rabo se arrastando pelo chão.

No dia seguinte, os meninos, de fato, estranharam alguns costumes do quatizinho. Mas como este era tão bom e carinhoso quanto o outro, as crianças não tiveram a menor dúvida. Formaram a mesma família de filhotinhos de antes, e, assim como antes, os quatis selvagens vinham todas as noites visitar o quatizinho civilizado, se sentavam ao seu lado para comer pedacinhos de ovos duros que ele guardava, enquanto eles lhe contavam sobre a vida na selva.

REFERÊNCIAS

QUIROGA, Horacio. **Cuentos de la selva**. 9. ed. Posadas, AR: Beeme, 2008.